



¿La inmigración puede disolver Europa?

Cuando ya es posible apreciar los efectos de la tercera oleada de inmigrantes, el dossier de la inmigración, como argumento político, se ha dejado en manos de la derecha.

RAFFAELE SIMONE

CÓMO EUROPA SE HA VUELTO “BONDADOSA”

Después de treinta años de guerras y masacres, durante la posguerra Europa quiso reconstruirse como “alma caritativa”, tolerante e integradora. Tal vez deseaba restablecer su virginidad moral y borrar cualquier rastro de las crueldades y las locuras de las que fue responsable durante el terrible periodo anterior (guerras civiles, guerras mundiales, invasiones coloniales, revoluciones, masacres, genocidios, deportaciones, destrucción...). Aquel propósito desencadenó un proceso histórico a cuyo término Europa occidental llegó a ser la zona de acogida por excelencia del continente, y puede que hasta del planeta.

Algunos indicios de esa actitud ya se habían manifestado entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial: en aquellos años, Francia, Suiza, Suecia y otros países habían acogido a los refugiados que huían de los fascismos y los comunismos, y de diversas persecuciones étnicas. En la posguerra esa actitud se plasmó en una apertura generosa y acogedora con todo y con todos, que impuso, sin que fuera enunciado teóricamente ni formulado en las leyes, un principio compartido: Europa iba a ser una tierra de acogida. La Convención de la ONU de Ginebra (1950) dio un reconocimiento formal a ese principio, definiendo el perfil del derecho de asilo.

Posteriormente el espíritu de hospitalidad se vio consolidado por uno de los efectos de la descolonización. A partir de los años sesenta, los países europeos, incitados por la sensación de culpa poscolonial, empezaron a conceder la ciudadanía a los *ressortissants* de sus colonias, que pasaron de ser víctimas (que lo eran) a estar en pie de igualdad con los autóctonos, y a menudo se trasladaban a las metrópolis. Eso fue lo que ocurrió en Francia, en Inglaterra, en Holanda, y más tarde también en España. De esa forma parecía que se saldaban las cuentas pendientes de la historia y que los ánimos encontraban la paz.

Por último, en los países de la Unión Europea, el espíritu de acogida así creado alcanzó su punto más alto con los acuerdos de Schengen (de 1985 en adelante), que conceden total libertad de movimiento no solo a los ciudadanos de los países de la Unión sino también a todo aquel que hubiera entrado legalmente en cualquiera de esos países. En otras palabras, una vez franqueada la frontera del primer país de la UE, cualquier extranjero puede circular libremente por todos los demás países de la Unión.

TRES OLEADAS DE INMIGRACIÓN Y EL CAMINO DE ALEJANDRO A LA INVERSA

Europa le debe su prestigio como continente hospitalario, donde cualquier refugiado puede encontrar asilo, a esa secuencia de acontecimientos que había puesto en marcha la Segunda Guerra

Mundial y su impacto en la conciencia colectiva. Hoy ese principio de acogida se practica en casi todos los países europeos, con dos añadidos cruciales: *a)* excluye (una vez más, sin que ninguna ley lo establezca) el uso de la fuerza y de la violencia como medio de disuasión frente al extranjero desconocido; *b)* acepta no solo que se acoja al refugiado, sino que este pueda gozar plenamente y de inmediato del bienestar social del país de destino (educación, asistencia sanitaria, derechos civiles, libertad religiosa, etcétera), aunque sea un inmigrante “sin papeles” o clandestino, y que por tanto no esté en condiciones de convertirse en un ciudadano y un contribuyente. En resumen, hoy la acogida es pacífica (sin violencia) y gratuita (sin gastos, o mejor dicho, a expensas de los países de acogida). El espíritu de la Ilustración, combinado con determinadas instancias cristiano-católicas y del paradigma democrático, ha conseguido su triunfo: todos iguales, todos protegidos por el escudo de la generosa democracia europea, la que en otro escrito yo denominaba el Hada Democrática.

Sin embargo, en este cuadro hay que marcar un límite. Antes he destacado que la Europa de la que hablo es la occidental. En efecto, Europa no se comporta en su conjunto de la misma manera en lo que respecta al principio de hospitalidad. Los países que no conocieron la experiencia comunista abren las puertas a los inmigrantes de manera pacífica, desde España hasta Alemania. En cambio, los países que conocieron el comunismo, puede que por estar más acostumbrados al uso de la violencia como medio para responder a las inquietudes sociales, mostraron una disposición hospitalaria mucho menor.

La situación que he descrito permaneció más o menos igual desde el final de la guerra hasta los años ochenta-noventa del siglo pasado. Durante todo ese periodo Europa acogió a los inmigrantes procedentes de distintos países, al principio no demasiado numerosos, en parte empujados por motivos económicos y en parte porque venían huyendo de países opresores. No siempre esa inmigración fue absorbida sin conflictos. Al choque cultural y religioso

(plasmado, por cierto, en muchas películas y novelas, dramáticas y cómicas) cabe añadir cierto porcentaje de casos críticos, incluso graves, condicionados sobre todo por el hecho de que una parte de esos inmigrantes acabaron creando enclaves sociales peligrosos. En otros casos, lo que supuso un problema fue la actitud anti-europea de algunos grupos islámicos y su rechazo a la mentalidad y las costumbres democráticas de los europeos. Algunos países, como Francia y el Reino Unido (y en menor medida Italia y España) conocen bien el asunto. En épocas recientes, de ese terreno se ha desgajado la generación de *foreign fighters* [combatientes extranjeros] educados en Europa, pero hostiles a ella, y dispuestos a luchar a favor del Estado Islámico (EI) contra los países que les han dado educación y acogida. No obstante, a fin de cuentas, en conjunto puede decirse que la inmigración europea, desde la posguerra hasta aproximadamente los años ochenta, trajo consigo algo de novedad cultural, un número hasta ahora soportable de conflictos, e incluso un cierto incremento del producto interior bruto, aunque a menudo también contribuyó a desplazar hacia la derecha las opciones electorales de los ciudadanos.

Sin embargo, posteriormente el rostro de la inmigración cambió bruscamente. En efecto, a finales de los años ochenta tuvo lugar una Segunda Oleada de inmigración (en un primer momento desde Albania y otros países de la Europa balcánica) hacia Europa. Ese flujo, generado no ya por las persecuciones sino por la pura y simple miseria, entraba a través de la costa oriental de Italia, a la que llegaba en barcas, en barcos destartados y en otros medios improvisados. Se trataba de unas masas bastante numerosas pero aparentemente pacíficas, que en un principio no crearon alarma. Una parte de aquellos inmigrantes se estableció en distintos países, dedicándose a actividades legales, y a menudo incluso prosperando; a una parte se le perdió el rastro; y una parte no desdeñable fue a engrosar las filas de la pequeña y mediana delincuencia (prostitución, extorsión, contrabando, delincuencia común). Algunas de esas comunidades optaron por áreas determinadas: los somalíes

por Italia, Suecia y Noruega; los rumanos, por Italia, los árabes, por Francia. De esa forma se definieron algunos países favoritos...

En nuestro siglo se está produciendo la Tercera Oleada, en la que el rostro de la inmigración ha vuelto a cambiar. En los últimos años, ante el sangriento telón de fondo del terrorismo islamista y de los conflictos políticos, religiosos y económicos que desgarran los países de África septentrional (Libia, Egipto) y subsahariana, así como los de Asia central (Irak, Afganistán, Pakistán, Mesopotamia...), enormes masas de desventurados se pusieron en marcha rumbo a Europa. Sus dramáticos desplazamientos son organizados, controlados y explotados por unas mafias particularmente despiadadas. Las rutas que recorren siguen, pero en sentido inverso, el camino de Alejandro Magno, como por una especie de respuesta de la historia. Por una parte, África se vuelca en Europa a bordo de embarcaciones improvisadas y sus emigrantes arriban a las islas del extremo meridional de Italia (Pantellería, Lampedusa, Sicilia). Por otra, el flujo procedente de Oriente Próximo y Extremo (Siria, Irak, Kurdistán; el origen más lejano parece ser Afganistán), iniciado en 2015, sigue la ruta terrestre (desde Mesopotamia hasta Alemania y Escandinavia, pasando por Turquía y los países balcánicos).

Ambas rutas son peligrosísimas, también porque los medios de transporte son precarios. En efecto, se calcula que en el intento de llegar a Europa han muerto aproximadamente 15.000 personas (en su mayoría ahogadas) entre 1998 y 2008. Eso ha reavivado la mala conciencia europea frente a los países pobres, que se había aplacado gracias a los gestos de pacificación que mencionaba al principio, y ha estimulado sobremanera el espíritu de hospitalidad. Salvo algún tímido intento de rechazar a esas masas, se ha permitido que cualquier persona pudiera poner el pie en territorio europeo. También esta vez la generosidad ha sido inmensa: basta con decir que los refugiados, a su llegada, ¡pueden negarse a ser identificados! A consecuencia de todo ello, el flujo se ha convertido en una inundación: si los 42.000 inmigrantes ilegales que entraron en Italia en 2013 parecían innumerables, ¿qué decir de

las aproximadamente 10.000 personas que entraron cada día en Alemania a lo largo de 2015? Tan solo en septiembre de 2015 entraron en Baviera 170.000 personas. Se prevé que en el plazo de este año Alemania recibirá aproximadamente un millón y medio de inmigrantes. El salto numérico es aterrador.

Evidentemente ya no se trata de grupos de fugitivos aislados, sino de la irrupción de dos subcontinentes paupérrimos en la zona rica de Europa, lo que ha pillado políticamente por sorpresa a los países europeos que, ante todo, en nombre del principio de acogida gratuita y pacífica, no han sabido ni por un momento imponer una guía, un freno o una orientación al torrencial fenómeno. La generosidad, unida a la mala conciencia, ha dado como resultado una hospitalidad indiscriminada y desordenada frente a esa inundación.

LA DOCILIDAD DE EUROPA NO ES BUENA CONSEJERA

La Tercera Oleada afecta a todos los aspectos de la vida europea. Examinemos algunos de ellos.

1. Desde el punto de vista político, la respuesta de la “bondadosa” Europa ha sido la acogida, pese a las enormes dificultades económicas y de gestión de esas masas. En Italia, Francia, Alemania, Austria y Suecia se han montado por doquier campos de refugiados: campamentos de tiendas de campaña, hospicios improvisados en las estaciones y los colegios... Se han dotado sumas enormes (en Alemania, en 2015, 6.000 millones de euros; en Italia, 3.000 millones) para alojar a esas personas. El banco estatal alemán KfW decidió destinar 300 millones de euros a ayudar a los ayuntamientos a construir alojamientos para 30.000 refugiados. La canciller Merkel en persona, que lanzó el famoso eslogan “Wir schaffen das” (lo vamos a solucionar), ha admitido que cada uno de los nuevos refugiados cuesta 670 euros al mes, además del alojamiento y la comida. El crimen organizado, atraído por la puesta en circulación de unas sumas tan desorbitadas, ha empezado a entrar en la gestión de los campos de refugiados.

Sin embargo, la acogida no ha sido universal. Nada más abrirse la ruta balcánica, en septiembre de 2015, países como Hungría, Croacia, Eslovenia, Kosovo y Polonia han cerrado sus fronteras al tránsito de los refugiados. Los egoísmos nacionales han vuelto a despertar, y el desacuerdo sobre la forma de gestionar esta espectacular crisis está sacudiendo los mismos cimientos de la Europa unida.

2. Desde el punto de vista de la opinión pública (la “gente”), la reacción ha tenido dos fases: en un principio de prudente hospitalidad, y a partir de 2015 de alarma y de rechazo, incluso drástico. La actitud de la población, en sustancia, ha sido distinta de la de los políticos. En toda Europa han recobrado fuerza los movimientos xenófobos, y han surgido otros nuevos (como PEGIDA en Alemania). Esas reacciones de rechazo se explican fácilmente. La mayor parte de los flujos se compone de negros procedentes de países muy pobres, con un grado ínfimo de educación, acostumbrados a regímenes violentos, ajenos a las tradiciones europeas, y en su mayoría varones. Su absorción por el mercado de trabajo será una empresa difícilísima, agravada por el hecho de que los ciudadanos europeos temen perder su trabajo, ya escaso, en favor de los recién llegados. Por consiguiente se crearán grandes colectivos que tendrán que vivir de las ayudas que ofrece el dinero público. Es fácil prever que una parte significativa de esos individuos, rechazada por el mercado de trabajo y (como ocurre a menudo) con escasas intenciones de trabajar porque sus miembros están convencidos de que Europa es la tierra del ocio y de la vida fácil, acabará formando un nuevo proletariado inculto y agresivo, aislado en barrios explosivos como las *banlieues* parisinas.

Ese flujo (tanto en su componente africano como en el oriental) está formado por musulmanes. Nadie está en condiciones de decir si se trata de verdaderos refugiados o de infiltrados, si se trata de “moderados” o si también hay delincuentes y terroristas. Para colmo, se ha creado el rumor de que están controlados, por lo menos

en parte, por centrales extremistas, que de esa forma planean colonizar Europa. Por lo demás, algunos de los responsables de los terribles atentados de París (noviembre de 2015) habían entrado en Europa como refugiados de la ruta balcánica.

3. Desde el punto de vista económico, los flujos, a los que hasta ahora no se ha puesto ningún límite numérico serio, ya están ejerciendo una fuerte presión en la economía de los países de acogida, y sobre todo en sus sistemas de bienestar social. Se mantiene a los inmigrantes, pero estos no hacen nada, no generan rentas pero sí consumen prestaciones sociales: educación, asistencia sanitaria y hospitalaria, alojamiento, alimentación... Abundan los casos en que las inversiones para los servicios sociales se desvían desde los ciudadanos hacia los refugiados.

4. Desde el punto de vista de la gestión política y administrativa, Europa ha respondido de una forma desordenada y tardía, y tan solo en 2015 llegó a establecer que la inmigración debe repartirse por cuotas entre los distintos países. Algunos de ellos (Hungría, Polonia, Eslovenia, los países bálticos y otros) han rechazado ese principio. Otros han asumido la carga de las diferencias: Alemania, Suecia, Austria, Italia... En resumen, al cabo de menos de un año del comienzo del fenómeno, este ya se antoja imposible de digerir. En algunas ciudades de Alemania, donde el impacto es más gravoso, se han expropiado algunos apartamentos vacíos para alojar a los inmigrantes. Ello ha suscitado las protestas de los ciudadanos, e incluso ha puesto en guardia a un expresidente del Tribunal Constitucional, que ve aspectos ilegales en esas decisiones. Además, los alcaldes de doscientas ciudades han protestado ante el Gobierno federal señalando que no están capacitados para hacer frente a la invasión y vaticinando un desastre. Y por añadidura, nadie sabe cuánto durará el apoyo humanitario: ¿durante toda la vida de esas personas? ¿O bien tendrá un final? ¿Y qué ocurrirá si esas personas no encuentran

trabajo o no logran establecer con la población autóctona una relación pacífica y respetuosa?

En cualquier caso, sería pueril no comprender que el perfil de Europa quedará drásticamente modificado a raíz de esta experiencia, desde el punto de vista económico, demográfico y antropológico, y también cultural, religioso y político. Por muy evidente que sea esa previsión, se ha montado una colosal retórica ideológica, a la que han aportado su contribución los políticos, los economistas y los religiosos. Esa retórica sostiene que, a fin de cuentas, la inmigración será un maná para Europa: reavivará a un continente demográficamente cansado, poblará las zonas poco habitadas, y reactivará un producto interior bruto que tiene dificultades para despegar... La base de esa retórica es el espíritu de acogida a toda costa que mencionaba al principio, reanimado por esa singular mezcla de instancias de izquierda y cristianas que predomina en Occidente. Por el contrario, existe una visión distinta, minoritaria y muy preocupada que se plantea preguntas sin respuesta: ¿Cuánto tiempo durará esta inmigración? ¿Qué quedará del bienestar social europeo? ¿Cómo se solucionará la convivencia de los europeos con los recién llegados? ¿Durante cuánto tiempo mantendrán la calma los ciudadanos? Etcétera.

Además, hay una cuestión propiamente política: esos “nuevos europeos” (casi todos negros y musulmanes), que en sus países tienen una tasa de fertilidad muy elevada, en un momento dado acabarán generando sus propios representantes políticos, y decidirán sobre el destino de los europeos autóctonos.

AHORA MISMO Y DENTRO DE VEINTE AÑOS

Los flujos de la Tercera Oleada no parecen abocados a extinguirse rápidamente. Es más, según algunos observadores, durarán décadas. Esta simple consideración pone de manifiesto que la cuestión debe contemplarse desde dos puntos de vista: una perspectiva centrada en lo inmediato, necesaria para la gestión de esta emergencia, y otra centrada en el futuro próximo, que sea capaz de prever lo que ocurrirá dentro de veinte años y más allá.

En lo que respecta al primer punto de vista, será preciso, por ejemplo, encontrar trabajo para toda esta gente, educarla en el respeto a nuestras leyes, imponerle un nivel decente de educación básica, encauzarla hacia la convivencia (usos, alimentación, rituales, concepción de las relaciones entre los sexos, de la política y de los derechos y deberes...). Es evidente que esas personas ya saben que el derecho penal (sobre todo en algunos países) es particularmente generoso e indulgente. ¿Cómo se comportarán, sabiendo que el castigo es mínimo en comparación con el que recibirían en sus países? Son numerosos los menores de edad que, en virtud del Tratado de Dublín, deben ser atendidos a expensas del país de acogida hasta que... cumplan 18 años. ¿Qué hacer al respecto? En Alemania ha causado una gran impresión constatar que la mayoría de los inmigrantes son hombres: ¿Dónde encontrarán pareja? ¿Lograrán asimilar la concepción europea de la mujer, de la relación entre los sexos, de la educación de los hijos? Se sabe que la democracia es bondadosa y generosa (y por consiguiente, desde cierto punto de vista, débil) incluso con quienes no la practican: ¿nuestros huéspedes serán capaces de asumir ese espíritu de contrapartida respetuosa que les impone el respeto a nuestras leyes y costumbres, o bien, aprovechándose de su número creciente, intentarán imponer las suyas?

Así pues, la situación ya es muy gravosa a corto plazo. ¿Y a medio plazo? Un indicio, a decir verdad muy inquietante, procede del mundo judío. Hace poco, el gran rabino de Roma, Riccardo Di Segni, ha revelado una perspectiva parcial pero alarmante, haciendo alusión al peligro que supondrá para el mundo judío una inmigración mayoritariamente musulmana. Le resulta muy difícil imaginarse “un futuro de convivencia pacífica”, ¡y llega al extremo de temerse “otro Auschwitz”! La comunidad judía alemana ha manifestado esa misma preocupación.

Pero incluso los que no son judíos tienen motivos para alarmarse. Por ejemplo, por razones demográficas, los inmigrantes de las dos primeras oleadas constituyen ya el 8% de la población, pero son responsables del 10% de los nacimientos. Así pues, es fácil calcu-

lar que en 2050 los recién llegados y sus herederos supondrán el 20% de la población. Esos cálculos no tienen en cuenta la Tercera Oleada, que está destinada a acelerar drásticamente el incremento.

Desde el punto de vista civil, político, cultural, en resumen, desde el punto de vista de la identidad europea, la Tercera Oleada, al ser enteramente musulmana, acabará importando a un continente que se ha vuelto frágil por su mala conciencia, y “angelical” por obra del Hada Democrática, una amplia gama de diferencias imposibles de metabolizar: concepciones religiosas agresivas (chiíes contra suníes, wahabíes contra todos), ideas drásticamente distintas de las nuestras en asuntos cruciales (la idea de la mujer, de la sociedad y de la educación), rituales y concepciones hostiles hacia las demás religiones (sobre todo hacia el cristianismo) y del laicismo, unas ideas premodernas del derecho y del Estado.

Dum Romae consulitur, el dossier de la inmigración, como argumento político, se ha dejado en manos de la derecha. Ya es posible apreciar sus efectos. En octubre de 2015, las elecciones generales de Suiza han dado la señal de alarma al dar la victoria a la derecha; Polonia ha seguido por ese mismo camino y el primer turno de las elecciones regionales francesas (diciembre 2015) ha dado una victoria aplastante al Frente Nacional. En todos los casos, la inmigración era uno de los temas principales del argumentario electoral.

Traducción de Alejandro Pradera.



RAFFAELE SIMONE ES EMÉRITO DE LINGÜÍSTICA EN LA UNIVERSIDAD ROMA TRE. AUTOR DE *FUNDAMENTOS DE LINGÜÍSTICA* Y *LA TERCERA FASE. FORMAS DE SABER QUE ESTAMOS PERDIENDO*. LOS DOS ÚLTIMOS PUBLICADOS POR TAURUS, QUE EN 2016 PUBLICARÁ TAMBIÉN *EL HADA DEMOCRÁTICA. CÓMO LA DEMOCRACIA FRACASA*.